



SARAH PINBOROUGH

LOS NIÑOS DEL RÍO

«Pocos autores combinan el misterio con lo sobrenatural tan bien como Sarah Pinborough, y ninguno lo hace mejor. Muy, muy brillante.»

John Connolly

Las aguas del Támesis albergan secretos capaces de volver loco a un hombre. Secretos que se obstinan en salir a flote.

A pesar de todo lo que ha visto, el doctor Thomas Bond, médico forense de la policía, alberga todavía la esperanza de llegar a gozar de una vida plácida, incluso de casarse y tener hijos. Pero Londres es un oscuro laberinto de callejuelas en el que los crímenes no cesan y donde hacer planes de futuro es cuanto menos insensato.

Los cuerpos de varios niños han aparecido a orillas del río, y mientras va en aumento el número de víctimas, algo siniestro acecha al mismísimo doctor.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Epílogo

Sobre la autora

*Para mi madre, que me enseñó a leer
y me transmitió su amor por una buena historia.*

PRÓLOGO

Extracto de una carta de James Harrington
a Edward Kane, fechada en 1887:

... y acabo de volver de sus funerales. Supongo que es de agradecer que puedan descansar juntos para siempre y que ninguno de ellos tenga que seguir viviendo sin el otro (pues estoy convencido, como te dije en Venecia, de que mis padres se querían de verdad), pero tengo el corazón triste y, aunque estoy casi recuperado del envenenamiento que se los llevó de este mundo, sigo sintiéndome atormentado por el nubarrón negro que se cierne sobre mí desde mi regreso de Polonia.

Me gustaría que estuvieras aquí. Nunca he hecho amigos con demasiada facilidad y los pocos que he conseguido son muy serios (no creo que haya ni uno al que pueda abrirle mi alma por completo sin ser juzgado). Tu alegre personalidad y tu optimismo serían un bálsamo para mí en mi presente situación.

En mi anterior carta, mencioné que había estado enfermo en Polonia pero omití muchos detalles, quizá porque yo mismo deseaba olvidar la mayor parte de aquella experiencia; culpaba a las fiebres que había sufrido de confundir mi mente de alguna manera. Sin embargo, desde mi regreso a Londres he empezado a creer (que Dios me ayude) que quizá haya algo de verdad en toda esa locura. O puede que sea yo el que está loco. Varias veces he intentado escribir sobre lo que realmente ocurrió, sobre lo que los aldeanos y mi pobre guía fallecido, Josep, creían que me había infectado, pero siempre he acabado tirando el papel al fuego. Ya es bastante malo que yo me vea atormentado por las dudas como para espantarte a ti con historias de

monstruos y leyendas que no tienen cabida en este mundo moderno.

Pero aun así, el terror todavía atenaza mis entrañas.

La noche en que mi madre y mi padre cayeron tan mortalmente enfermos, habíamos comido un tarro de setas en conserva que les había traído de vuelta de uno de mis viajes. Me oí a mí mismo decírselo al médico en cuanto estuve lo bastante bien como para hablar, y había un frasco vacío y restos de comida para demostrarlo... Pero sin embargo, ahora que me he recuperado, no puedo recordar haber comprado las setas, ni comer aquella cena, aunque debo de haber hecho ambas cosas. Esto no se debe a los efectos de las setas venenosas; he estado sufriendo periodos en los que mis recuerdos son vagos, como si en ocasiones estuviera viviendo en un estado transitorio de trance, en el que mis deseos y emociones no son completamente míos. Aquella noche me peleé con mi padre, pero solo recuerdo el enfado, no la razón por la que discutimos. Otro día me encontré caminando por los barrios bajos de Londres, sin recuerdo alguno de cómo había llegado hasta allí aparte de las vagas reminiscencias de unos sueños que sentí a la vez como míos y no míos.

Tuve una experiencia similar en París, pero entonces, cuando recuperé el juicio, tenía la ropa manchada de sangre. Estos momentos se agravan cuando me ataca la fiebre recurrente de la que te hablé.

Al releer estas líneas, me temo que todo esto debe de parecerse absurdo. Probablemente creas que mi dolor me ha dejado «tocado» y créeme cuando digo muy en serio que de verdad espero que sea así. Con la locura podría vivir, pero temo a los sueños. Me aterra pensar que son reales. Y hay algo casi peor: un peso constante sobre mi espalda, como si hubiera algo justo detrás de mí que no consigo ver.

Puedo imaginarme tu sonrisa de incredulidad desde aquí y, en muchos aspectos, esa imagen es un consuelo. Está claro, no soy más que una víctima de la enfermedad. No puede deberse a nada más. Me dedicaré en cuerpo y alma a los negocios de mi padre, ya que necesito una dis-

tracción que me aleje de estos oscuros pensamientos y eso seguro que me dará trabajo de sobra.

Solo puedo esperar que hayas recibido mi primera carta, puesto que no he recibido respuesta alguna. Por supuesto, puede que todavía estés de viaje o en el Palazzo Barbaro en Venecia, donde te vi por última vez, pero como dudo que las obligaciones de tu empresa familiar te permitan permanecer en Europa tanto tiempo, prefiero suponer que mi carta se ha perdido antes que creer que te hayas olvidado de nuestra amistad. Seguiré escribiéndote y espero que algún día puedas venir a visitarme a Londres y que para entonces estas dudas que me atormentan estén ya bien enterradas en el olvido.

Tu querido amigo,

James Harrington

1

SINGLETON ARGUS
SÁBADO, 27 DE JUNIO DE 1896

JACK EL DESTRIPIADOR

Carl Feigenbaum, ejecutado mediante la silla eléctrica en Nueva York, le ha dejado una confesión a su abogado, de la cual se deduce que podría tratarse de Jack el Destripador. El comunicado del abogado, que ha sido entregado a la prensa, dice así:

«Tengo una declaración que hacer que puede arrojar algo de luz sobre este caso (el asesinato por el que este hombre fue ejecutado). Ahora que Feigenbaum está muerto y ya no puede hacerse nada por él en este mundo, quiero decir, como abogado suyo que fui, que estoy absolutamente convencido de su culpabilidad en este caso y que tengo la certeza moral de que es el hombre que cometió muchos, si no todos, de los asesinatos de Whitechapel. Estas son mis razones y hago esta declaración bajo juramento:

»Cuando Feigenbaum estaba en la prisión de Tombs esperando su juicio, le vi varias veces. Las pruebas en su caso parecían tan claras que preparé una defensa basada en la enajenación mental. Determinadas acciones reflejaban una clara deficiencia mental. Cuando le pregunté directamente "¿Mataste a la Sra. Hoffman?", contestó lo siguiente: "Durante años he sufrido una rara enfermedad que provoca una pasión completamente absorbente; esta pasión se manifiesta en un deseo de matar y mutilar a cualquier mujer que encuentre en mi camino. En esos momentos soy incapaz de controlarme". En mi siguiente visita a Tombs, le pregunté si no había estado en Londres en varios momentos durante el periodo en el que tuvieron lugar los asesina-

tos de Whitechapel. "Sí, estuve", fue su respuesta. Le pregunté si creía que podrían atribuirle alguno de aquellos casos y, como toda contestación, se limitó a mirarme».

La declaración, que es larga, demuestra concluyentemente que Feigenbaum estaba probablemente loco, pero las pruebas que le identificarían como el famoso criminal de Whitechapel no son satisfactorias.

14 de octubre de 1896

Querido Jefe,

Te sorprenderá saber que esto proviene de tu antiguo conocido Jack el Destripador. Ja Ja

Si mi viejo amigo el Sr. Warren está muerto puedes leerlo. quizá te acuerdes de mí si haces un esfuerzo y piensas un poco Ja Ja.

El último trabajo fue malo y desde luego casi se tuerce, y quería que fuese el mejor de todos pero se fastidió, Ja Ja aún estoy vivo y pronto lo verás. Tengo la intención de seguir cuando tenga la oportunidad ¿no sería agradable querido y viejo Jefe volver a aquellos buenos viejos tiempos otra vez? nunca me cogiste y nunca lo harás. Ja Ja

Los policías sois muy listos, entre todos vosotros no pudisteis coger a un solo hombre ¿Dónde he estado? Querido Jefe querás saber. en el extranjero, si quieres saberlo, y acabo de volver, listo para seguir con mi trabajo y parar cuando me cojáis.

*Bueno adiós Jefe deséame suerte. Llega el invierno «Los Juidíos son gente a la que acusan sin motivo» Ja Ja
¿has oído esto antes?*

Atentamente

Jack el Destripador

INFORME DEL INSPECTOR JEFE HENRY MOORE AL JEFE DE POLICÍA
MELVILLE MACNAGHTEN

18 DE OCTUBRE DE 1896

Me permito informarle de que he examinado cuidadosamente todas las cartas antiguas de Jack el Destripador y no encuentro ninguna similitud en la caligrafía de ninguna de ellas, excepto en las dos famosas comunicaciones que fueron enviadas a la Oficina Central de Noticias; una, una carta con fecha 25 de septiembre de 1888, y la otra, una postal, con matasellos del 1 de octubre de 1888...

Al comparar la caligrafía de la carta actual con la caligrafía de ese documento, encuentro muchas similitudes en la formación de las letras. Por ejemplo, las letras «y», «t» y «w» son prácticamente idénticas. Además, hay algunas palabras que aparecen igual en ambos documentos; a saber, Querido Jefe, ja ja (aunque en la carta actual se utiliza la «J» mayúscula en lugar de la minúscula); y al hablar de los asesinatos, los describe como su «trabajo» o el último «trabajo»; y si «tengo una (o la) oportunidad»; luego están las palabras «atentamente» y «el Destripador» (esta última en la postal) que son muy parecidas. Aparte de eso, están los manchurroneos hechos con los dedos.

Teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado, sería interesante saber cómo ha conseguido el autor de la actual carta reproducir las palabras «Los Judíos son gente a la que acusan sin motivo»; como podrá recordar esas fueron prácticamente las mismas palabras escritas con tiza, indudablemente por el asesino, sobre la pared de Youlston Street, en Whitechapel, la noche del 30 de septiembre de 1888, después del asesinato de la Sra. Stride y la Sra. Eddows (Eddowes); y la palabra «Judíos» estaba escrita en aquella ocasión exactamente igual que ahora.

Aunque resulta extraño que existan esas similitudes entre los documentos, soy de la opinión de que el autor de la actual carta no es el mismo que preparó las cartas para la Central de Noticias; de serlo, he de suponer que la habría enviado otra vez a la misma agencia de prensa y no a la Comisaría de Policía de Commercial Street.

Para concluir, permítame destacar que no le doy ninguna importancia a la presente comunicación.

2

**LONDRES. NOVIEMBRE DE 1896
DR. BOND**

Para cuando llegó el *brandy*, ya me sentía agradablemente lleno. La calidez del restaurante no tenía nada que ver con el frío glacial del exterior y en cuanto Andrews repartió los puros el ambiente en la sala se volvió incluso más tranquilo; ya era tarde y muchas de las mesas, ocupadas cuando llegamos, las estaba recogiendo ahora un pelotón de eficientes camareros.

—Entonces, ¿la carta no era nada? —pregunté. No era raro que Andrews y yo cenáramos fuera juntos, pero esta noche Henry Moore nos había reunido y yo sabía que no era solo por disfrutar del placer de nuestra compañía.

—Solo una más que añadir a cientos de otras —contestó desde detrás de una pequeña neblina de humo—. Ninguna es auténtica. Fuera quien fuera nuestro hombre, o está muerto o ha huido.

Tenía buen aspecto. No como Andrews, que se había retirado del cuerpo de policía más o menos un año después de aquel verano sangriento. Henry Moore había tenido un éxito tras otro y le habían ascendido al rango de Inspector Jefe tras relevar al Inspector Abberline en el caso del «Destripador». No había perdido ni un ápice de su sencilla robustez y, aunque seguro que sentía la misma frustración que atormentaba a Andrews por no haber podido capturar nunca a su hombre, era una persona pragmática. Estaría decepcionado, pero no sufriría como lo hacía Andrews.

—Estos puros son muy buenos. —El sabor era dulce e intenso—. ¿Estamos celebrando algo?

—Celebración quizá sea una palabra demasiado fuerte —dijo Moore—, pero desde luego es el final de una era. Ya no estamos investigando activamente el caso del Destripador. Hemos hecho todo lo que podíamos. Ya no vamos a coger a ese bastardo. Es el momento de continuar adelante.

Sus palabras apenas me sorprendieron y, en el fondo de mi corazón, me alegraba de la noticia. Era el punto y final de un capítulo de la historia que intentaba olvidar. Quizás ahora que la decisión estaba tomada, Andrews también sería capaz de dejarlo atrás. Se había convertido en íntimo amigo mío desde su retirada del cuerpo de policía. Era más delgado que yo y, aunque casi diez años más joven, parecía mucho mayor de lo que debía para un hombre en la cuarentena. Durante nuestras partidas de ajedrez o *backgammon* aún le daba vueltas a los crímenes de Jack, como si esperara recordar un día algún pequeño fragmento de información que llevara a una detención.

—Puede que lo sea —dijo Andrews antes de olisquear su *brandy*—. Pero Dios sabe cómo desearía haberle atrapado.

—Pues yo me imaginaré que lo hicimos. Para mi propia tranquilidad.

Nos quedamos ahí sentados un momento, inmersos en un cómodo silencio mientras dábamos pequeños sorbos a nuestras bebidas y fumábamos nuestros puros y pensábamos en los acontecimientos que parecían a la vez lejanos en el tiempo y recientes, como pasa con frecuencia con los recuerdos.

—Hay crímenes de sobra en Londres para mantenerme ocupado —dijo Moore después de un momento, con los ojos chispeantes—. Hay días en los que te envidio, Walter, por tu decisión de cambiar de profesión. Mírate ahora: el caballero investigador, Sherlock Holmes en persona.